

EL ARTE DE PENSAR

André Maurois

Traducción del original francés por Pompeyo Ramis M.

Extraído del libro *Un art de vivre*, de André Maurois, editado por Librerie Plon (Colección «Présences»), París, 1939, capítulo I.

1. El mundo y el pensamiento

Vuelvo los ojos hacia la ventana de mi cuarto de trabajo. Por un instante, mi pensamiento se confunde con las imágenes que parecen pintadas en el cristal. Más allá de la red geométrica que forma la reja del balcón, veo las verdes ondulaciones del parque, envueltas en esa bruma ligera y azulada propia de las mañanas parisienses. En el horizonte se eleva una línea de colinas, y sobre el Monte Valeriano, cuyas faldas se cubren de melancólicos árboles, un hospital evoca un convento florentino en un tiempo rodeado de negros cipreses. Por el pálido cielo donde se arrastran unas nubes transparentes pasan bandadas de golondrinas. Muy lejos, por el lado de Versalles, roncan los aviones que van y vienen. Esos aviones evocan pensamientos de guerra, de bombardeos aéreos, de sirenas mugientes en la noche. Dejo de ver los árboles y de oír a los pájaros. Pienso en la muerte de una civilización, en el fin del Imperio romano, en aquella pequeña ciudad de la costa de argelina que, hacia el siglo tercero después de Cristo, parecía próspera y atractiva y que, cien años después, ya no era más que un montón de ruinas trágicas y solitarias. Pienso cómo podrían ser un día las ruinas de nuestras capitales.

De esta manera, no sólo los aspectos presentes del universo, sino también las imágenes de tierras lejanas, de acontecimientos antiguos y de presunciones sobre un porvenir imprevisible van formando la materia de mis ensueños. Mi espíritu parece un pequeño mundo interior donde se refleja, sin límite de tiempo ni espacio, el inmenso mundo exterior. A veces los filósofos han llamado microcosmos a ese modelo reducido del universo, y macrocosmos al mundo gigante en medio del cual vivimos y que deseáramos comprender y transformar. «El espíritu, como el ángel, escribía un alquimista de la Edad Media, se apodera de todas las cosas que están incluidas en el macrocosmos». Digamos más bien que el espíritu *trata* de apoderarse de todas las cosas y de que el mundo se refleje en nosotros, deformado, como el cielo y las flores dentro del cerco del jardín.

Lo que produce la extrema confusión de esas ensoñaciones es el hecho de que en ellas todo, tanto el espejo como el objeto, tanto el microcosmos como el macrocosmos, están en continuo movimiento. Hay justamente una imagen que parece más o menos clara: la de esa reja del balcón, de esas hojas, de esas colinas y de esos pájaros, que constituyen el lugar y el tiempo presentes. Pero todo lo que es recuerdo, anticipación y razonamiento, ondula a capricho de las olas de nuestro mar interior. Mis ignorancias,

mis pasiones, mis errores y olvidos deforman las cosas, al tiempo que esas mismas cosas van tomando en cada momento formas extrañas y nuevas. El vasto mundo está en nuestro pensamiento como un mapa de contornos confusos, de líneas movedizas; y sin embargo es preciso a cada momento buscar en ese mapa alguna dirección.

El deseo de pensar con claridad nos impone una larga espera, una indagación sin fin; la necesidad de actuar nos apremia. Uno de nuestros hijos se debilita. ¿Cuál será su mal? ¿Físico o moral? ¿A quién deberíamos consultar? ¿Qué utilidad tiene la medicina? ¿Es una verdadera ciencia? ¿Y qué es la ciencia? Estas preguntas exigirían una vida entera para ser seriamente estudiadas. Pero mientras tanto, ¿qué hacer? Hay que responder, pues nuestro enfermo se nos muere. Para explorar el mundo exterior nos falta tiempo. Fuera de esa imagen minúscula y confusa que nos presenta nuestro espíritu, no hay otra que podamos consultar.

Llamamos pensamiento al esfuerzo que hace el hombre, combinando símbolos e imágenes, para adivinar o prever los efectos de su acción sobre las cosas reales. Todo pensamiento es un esbozo de una acción. Sobre ese esbozo se pintará, no sin previas correcciones, el cuadro de nuestra vida. Para obrar bien necesitamos, como decía Pascal, tratar de pensar bien. ¿Y qué es pensar *bien*? Es lograr transformar nuestro pequeño modelo interior del mundo en una imagen del gran mundo real, de una forma tan exacta como seamos capaces de hacerlo. Si las leyes de nuestro microcosmos coinciden poco más o menos con las del macrocosmos, si nuestro mapa representa con relativa precisión el país a través del cual debemos encaminarnos, entonces tendremos también cierta posibilidad de escoger actos que se acomoden a nuestras necesidades, deseos o temores.

¿Existen métodos que permitan al hombre dirigir sus pensamientos en modo tal, que sus actos sucesivos encuentren un camino fácil en medio de los seres y las cosas? ¿Es posible diseñar un mapa verdadero del universo y con esta ayuda navegar hacia metas bien definidas, hasta llegar al puerto deseado? Este es nuestro tema.

2. Pensar con el cuerpo

Parece que los pensamientos más adecuados al universo de las cosas son aquellos que están inscritos en los cuerpos vivientes, bajo la forma de instintos o costumbres. Un gato brinca sobre una mesa cubierta de objetos, posándose en ella con gracia, sin esfuerzo aparente, sin rozar una taza ni un vaso. Ese conjunto de gestos supone haber calculado rigurosamente el esfuerzo necesario, haber escogido con toda precisión el punto de llegada. Pero ni el cálculo ni la escogencia han sido conscientes. El gato ha pensado con sus músculos, con sus ojos. A través de una imagen presente ha imaginado los movimientos futuros de su cuerpo, y esas imágenes de movimiento han evocado a su vez las posiciones que en cada instante debían tomar sus patas, su dorso y su cabeza.

De la misma manera, un jugador de tenis, un futbolista, un esgrimista, un acróbata, piensan con su cuerpo. El esgrimista jamás tiene tiempo de decir: «He aquí que mi adversario dobla dos veces y luego libra la espada; entonces yo voy a responder con dos contras y un golpe». El esgrimista piensa con su espadín y con sus dedos. Yo, en mi adolescencia, hice gimnasia con aparatos. Sabía que un ejercicio en barra fija o paralelas sólo podía ejecutarlo imaginándomelo con perfecta precisión. Si veía balancearse mi cuerpo, si medía anticipadamente la amplitud exacta de la oscilación, si durante ese momento de anticipación intuía en qué centésima de segundo debía contraer los bíceps o elevar las piernas hacia la barra para asegurar la fuerza del impulso, entonces esos movimientos se me hacían milagrosamente fáciles. Pero si en esta película de imágenes existía la más mínima fisura, si faltaba la precisión tan sólo en unos milímetros, inmediatamente se interrumpía el ritmo del movimiento y la acción se veía imposible.

No es el razonamiento del escultor lo que le hace curvar un poco más la línea de una cadera. Entre sus ojos fijos en el modelo y sus dedos que acarician la estatua, se establece una comunicación directa. El buen artesano y el artista, como el gimnasta, piensan con sus cuerpos. Algunos seres vivientes aprenden incluso a pensar con el cuerpo de otros. Un animal gregario piensa con su manada. Si se desata un pánico en una manada de ovejas o caballos, cada animal sigue a los demás, pero no porque conozca y entienda la causa del pánico, sino porque la experiencia de la especie, inscrita en sus más radicales instintos, le enseña que una oveja rezagada quedaría a merced de sus depredadores. Al igual que esos animales, los hombres que se quedan rezagados próximos al estado salvaje, así como los niños y los locos, son extremadamente sensibles a los pensamientos instintivos y corporales.

Vi una vez en un paquebote a un niño de cuatro o cinco años que había sido encomendado al capitán, y que atravesaba el Atlántico sin más compañía. Jamás un adulto habría sido capaz de la seguridad y destreza con que aquel hombrecito adivinaba el afecto que le mostraban ciertos individuos y la molestia que él causaba en otros. Se acercaba espontáneamente a quienes debía acercarse y se apartaba de quienes le convenía apartarse. Había sin duda unos signos, imperceptibles para nosotros, que guiaban sus movimientos. Observad a los amantes que se reconcilian después de una querrela. No es ninguna expresión verbal lo que apacigua su enfado. De pronto un suspiro provoca una sonrisa, las dos miradas se reencuentran, ambos cuerpos se aproximan. De pronto se funden en un abrazo y sienten que han llegado a un acuerdo con mucha mayor seguridad que a través de un largo diálogo.

3. Pensar con palabras

Existe, pues, un pensamiento corporal que guía con maravillosa certeza algunas de nuestras acciones. Sólo que su margen de eficacia no es muy grande. El topo piensa

muy bien con sus patas, pero no piensa más allá de ellas. Nada sabe el topo de los numerosos y horribles montículos que las topineras forman sobre el verde césped, ni de la inquina que les tiene el jardinero, ni de las peligrosas consecuencias que esa inquina representa para la población tálpida. Un aviador tiene reflejos precisos que le guiarán en el momento del aterrizaje y le llevarán a tocar suelo sin ningún peligro. Pero la invención del avión no se debe por cierto a las manos del aviador. Un hombre de Estado que debe administrar las finanzas de un país no puede pensar con su cuerpo. Ni siquiera puede pensar, como el gimnasta, con imágenes de acciones, pues el número de imágenes que debería evocar es demasiado extenso. Si debe mejorar la situación de millones de individuos, no puede decir para sus adentros: «Yo trabajo para tal mercader, para tal campesino que he observado, para tal desocupado cuya miseria conozco...» Si él quiere acelerar su pensamiento, debe reemplazar esas imágenes precisas de seres humanos, de campos, de casas, de trabajos por símbolos y signos que representen bien sea un individuo o una cosa, bien sea incluso todos los individuos de una clase. Tales signos son las palabras.

El hombre que piensa con las manos, sea obrero, prestidigitador o gimnasta, mueve objetos pesados y resistentes: ladrillos, pelotas o su propia persona. El hombre que piensa con las palabras no mueve más que sonidos o signos. Eso hace que la acción sea mucho más fácil. Un día de mañana está usted en un hotel; llama y pronuncia la palabra «té». Unos minutos después aparecen ante usted, como por milagro, una taza, un platito, una cuchara, pan, leche, mermelada, una jarrita de té y agua caliente. Imagínese la complejidad de acciones reales que han sido necesarias para que esas cosas le hayan llegado. Imagínese a unos chinos cultivando ese té, escogiendo esas hojas, a un barco inglés que las ha transportado, al capitán y su equipo durante la tormenta que tuvieron que sortear, a ese vaquero que condujo las bestias al prado, a los recolectores de leche, al maquinista del tren, al panadero que amasó ese pan, a las muchachas españolas o provenzales que recogieron las naranjas de que está hecha esa mermelada... Una sola sílaba ha puesto a su servicio todas esas cosas.

El hombre que piensa con las manos tiene una acción limitada sobre el universo. No puede actuar más allá de lo que toca. Pero el hombre que piensa con palabras puede poner en movimiento, sin ningún esfuerzo, pueblos, ejércitos y continentes. Basta que un jefe de Estado o un presidente del Consejo pronuncie la palabra «movilización» para que, por esta insignificante acción que no le ha exigido más que un simple movimiento de labios, todos los hombres de Europa salgan de sus casas y abandonen a sus familias, y aparezcan en el cielo escuadrones de bombarderos de habrán de destruir todo un mundo y una civilización entera. Cuando se reflexiona sobre los posibles efectos de una sola palabra, se comprende que los pueblos primitivos hayan atribuido al lenguaje un poder mágico. Los Hindúes de Kipling buscaban la «palabra clave» que debía darles autoridad sobre los hombres y las cosas. Fausto hojeaba los viejos libros de los alquimistas por si encontraba en ellos fórmulas para llamar o ahuyentar a los espíritus. En las *Mil y una Noches*, con decir «Sésamo» se abría una

puerta. Era una leyenda, pero una leyenda verdadera. En todas las sociedades hay palabras que abren las puertas y palabras que evocan los espíritus del mal. Todo orador se vale de algún «Sésamo»; todo motín se desencadena por obra de una palabra clave.

El hombre que piensa con las manos mueve objetos pesados y los desplaza lentamente, ladrillo tras ladrillo, movimiento tras movimiento. La misma dificultad de sus acciones es la que garantiza su prudencia. Y bien obligado que está a mantener esa coordinación entre el mundo interior y el exterior, que hemos considerado como garantía de un pensamiento verdadero, porque si no la mantuviese, los ladrillos le aplastarían las manos, la pelota se le escaparía, se caería de la barra fija. Pero para el hombre que piensa con las palabras, las acciones son demasiado fáciles, y el plazo entre el error y el castigo demasiado largo para preocuparse por sus responsabilidades. Jugando con esos ligeros símbolos, olvida el terrible peso que cada uno de ellos conlleva. Siente la tentación de tomar, como decía Leibnitz, «la paja de las palabras por el grano de las cosas» y de considerar que, con sólo pronunciar unas palabras, ya todo está hecho.

El problema está en la resistencia de las cosas. Con palabras se puede decir todo. Napoleón III decía: «Hay que respetar el principio de las nacionalidades». Se trataba sólo de una frase, pero esta frase abstracta, que podía parecer verdadera porque no evocaba ninguna imagen precisa, ha sido la que ha destruido la Europa moderna. Un economista, sentado en su mesa, escribe: «Aumentar los salarios es aumentar el poder de compra; luego es poner fin a la crisis». Estas palabras están tan bien coordinadas como tantas otras. Tienen la apariencia de un pensamiento verdadero, y el economista las dice con la mejor fe del mundo. Y sin embargo, las reacciones que han producido no han logrado poner fin al desorden económico. ¿Por qué? Porque en este caso el microcosmos no ha podido arrastrar consigo al macrocosmos, porque entre las palabras y las cosas había un desacuerdo, porque la simplicidad de la frase no representaba con suficiente exactitud la complejidad de las cosas.

4. Lógica y razonamiento

Sería terriblemente peligroso que, para estimar el valor de las frases y fórmulas, hiciera falta esperar sus efectos benéficos o nefastos. Es natural que los sabios, desde el principio de la civilización, hayan buscado un método más seguro para manejar esos símbolos explosivos con sentido de prevención. De una forma semejante a como se regula hoy día la circulación de los vehículos, los hombres trataron de regular la circulación de las palabras. Eso es lo que más tarde se llamó lógica. La lógica debería ser el arte de seguir, a través de las palabras, ciertas reglas que garanticen a su vez que las reglas del mundo interior coincidan con las del mundo exterior. Lo que nosotros llamamos leyes de la razón humana serían esas reglas de pensamiento que todos los hombres de todos los tiempos tendrían por verdaderas. Algunas de ellas son evidentes; por ejemplo el principio de no-contradicción: una cosa no puede ser al mismo tiempo

ella misma y su contrario. No se puede decir todo; no se puede decir a un mismo tiempo: «Dos y dos son cuatro» y «dos y dos son cinco». No se puede decir de un mismo vestido: «Este vestido es blanco» y «este vestido es negro». O, «Quiero que este país sea libre» y «quiero que esté encadenado». Durante largo tiempo la humanidad ha esperado poder sacar, partiendo de principios evidentes, una especie de gramática del pensamiento que descarte el error. Esta lógica, que fue primero la de Aristóteles y después, en la Edad Media, la de los escolásticos, está lejos de ser una doctrina menospreciable. Nos pone el pensamiento al abrigo de ciertos errores, pero es insuficiente para establecer un arte de pensar. He aquí por qué:

La lógica no puede inventar nada. Está condenada a repetir eternamente que A es A. Si añade algo nuevo, no puede más que pedirlo prestado a la experiencia o a la intuición, las cuales, ambas a dos, escapan a la lógica. Ella nos permite decir «Este vestido es un vestido», pero sólo la experiencia nos permite añadir que este vestido es frágil o que es plisado. En cuanto a la esperanza de que la razón pura pueda prescindir de la experiencia, Kant ha desinflado esta locura: «En la pasión por extender sus conocimientos, la razón, bien segura de la prueba de su poder, ha creído ver abierto ante sus ojos el campo de lo infinito. *La paloma, después de hender en rápido vuelo el aire cuya resistencia siente, podría creer que volaría aún mejor en el vacío...* De este modo Platón, desdeñando el mundo sensible que mantiene la razón dentro de límites tan estrechos, se arriesga a salir de ella y caer en el espacio vacío del entendimiento puro. No se da cuenta de que no adelanta nada a pesar de sus esfuerzos, pues le falta el punto de apoyo necesario donde sostenerse y poder desplazar el entendimiento». Un buen número de nuestros reformadores políticos se agitan en vano en el espacio vacío del entendimiento puro.

La lógica ha dado soltura a los espíritus; les ha dado una agilidad que no tenían, pero también la peligrosa costumbre de creer que todo está ganado luego de haber hecho un razonamiento con apariencias de verdad. Ahora bien, la historia de las doctrinas muestra que los hombres, con el correr de los siglos, lo han podido encontrar casi todo. Han hallado lo que hay de verdad y de falsedad en las filosofías contradictorias; han demostrado la necesidad de la democracia, y también su imposibilidad; han visto la distinción de las razas, y también su confusión. «Para mí, dice el filósofo Alain, toda prueba ha sido desmentida». Y de hecho, *todo se puede probar si los términos que se usan para ello no han sido claramente definidos.*

Una demostración es rigurosa, irrefutable cuando se trata de álgebra, pues en ella cada expresión está definida con tanta precisión, que el expositor no puede añadir un punto más de lo que percibe su oyente. En tal caso, las identidades de la lógica son realmente identidades. Pero las palabras que hablan de sentimientos, de conductas del Estado, de economía, son palabras vagas que se pueden emplear, dentro de un mismo razonamiento, en muchos sentidos diferentes. Razonar con un lenguaje mal construido es pesar con pesas falsas.

5. El método cartesiano

El método cartesiano es un esfuerzo por eliminar ciertas causas de error en dichos razonamientos. «Yo tenía, dice Descartes, un gran deseo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso para ver claro en mis actos y andar seguro en este camino». Nos conviene recordar las reglas claras que fueron su «arte de pensar». *No aceptar como verdadera ninguna cosa que no se reconozca evidentemente como tal.* Lo cual parece ser demasiado simple. «¿Por qué, diréis vosotros, debería yo aceptar por verdadera una cosa que yo no creyese que lo fuera?» Descartes os responde con otra regla: *Evitad cuidadosamente la precipitación y la prevención.*

La precipitación, porque el hombre no puede entender rápidamente lo que es difícil. El estudiante que se salta páginas nunca aprenderá la geometría. Pero los seres humanos tienen prisa. Algunos por necesidad. Tienen que pasar un examen en determinada fecha y hasta ese día deben haber estudiado toda una ciencia, todo un período de la historia. El experto ha prometido entregar su informe en tal día; los gobiernos esperan; si llega demasiado tarde los políticos tomarán una decisión arbitraria; más vale un informe imperfecto que ningún informe. El periodista necesitaría al menos algunas horas más para estudiar una cuestión nueva y oscura, pero los tipógrafos le reclaman de inmediato el original, pues el periódico debe ser llevado al tren que sale a las dos de la madrugada. La acción impone sus plazos.

Hay otros que tienen prisa por vanidad. ¡Les cuesta admitir que ignoran ciertas cosas! Un especialista se cree desprestigiado si tiene que responder: «Voy a informarme...». Escuchad en los Parlamentos, en los salones, en los sindicatos, cómo todos sientan cátedra. Hay quien os habla de Checoslovaquia, de Hungría, y lo hace no solamente sin haber estado nunca allí, sino también sin haber estudiado jamás ni su historia ni sus costumbres. Otro emite juicios despectivos sobre nuestra aviación sin más noticias que las que ha recibido de oídas. Un tercero se siente autorizado a manchar la reputación de una mujer contando sobre ella anécdotas totalmente falsas. La mitad del valor de las conversaciones podría mejorarse prodigiosamente con sólo emplear constantemente estas tres palabras: «No lo sé». O incluso con las dos palabras favoritas de Luis XIV: «Ya veré». Si nos hiciéramos el juramento de no dejarnos jamás arrancar una decisión por sorpresa y de nunca emitir por precipitación un juicio temerario, ya habríamos dado un gran paso hacia la sabiduría cartesiana.

Pero no es la sola precipitación la única causa del error. Está también *la prevención*. No nos portamos como espejos planos, sino como espejos deformados. Nos colocamos ante las cuestiones no a la manera de superficies vírgenes y transparentes, sino con opiniones de familia y de clan; nuestra naturaleza, nuestra herencia, nuestra educación, nos imponen sentimientos. ¿Queréis medir el efecto que hace la acción de clan sobre vuestro espíritu? Acordaos de los juicios que habéis emitido sobre Clemenceau, sobre Caillaux, sobre Daladier, según los colores con que los pintaban vuestros periódicos. Los aborreciais o los adorabais; obrabais de buena fe, pero no con buen sentido.

Otra causa de prevención son nuestros intereses. Pascal dijo que no razonaríamos tan bien sobre la geometría si ésta se opusiera a nuestras pasiones tanto como la política. ¿Cuántos son los que, antes de aprobar un sistema de impuestos, no calculan lo que les ha de costar? Algunos hay, pero no muchos. Imaginad a un médico que, fundándose en una teoría, ha construido un método de tratamiento que le permite vivir rico y honrado. ¿No creéis que su instinto le sugerirá mil razones contra las objeciones que se le presenten?

Todo lo que favorece nuestras pasiones nos parece verdadero; todo lo que las contraría nos irrita. Considerad la vida política de Chateaubriand. Chateaubriand, instruido por la Revolución, se convirtió, durante su exilio, en partidario de una monarquía constitucional a la inglesa. Después de la Restauración, Luis XVIII se esfuerza por otorgar a Francia este tipo de gobierno. Si Chateaubriand no hubiese seguido sus pasiones, habría debido reconocer sinceramente el esfuerzo del Rey. Pero Chateaubriand se irritó por no haber sido escogido para dirigir esta política. Por sentirse injustamente tratado, se volvió violentamente rencoroso contra el Rey, contra Decazes y más tarde contra Villèle; todo lo cual le condujo a combatir su propia doctrina con razonamientos que parecen admirables por su bonito estilo, pero que de hecho son detestables. No hay contradicción ni absurdo alguno a los cuales no pueda conducir la pasión. Cuando el amor o el odio condenan, la razón debe buscar razones para justificar sus locuras. Una vez más: «Toda prueba es para nosotros claramente deshonesta». Porque todo se puede probar si uno se lo propone tenazmente.

Algunos se creen independientes de su medio o de su país porque los acontecimientos de su vida les han inspirado sentimientos de rebelión. Pero la hostilidad no es garantía de independencia. Al contrario, es una forma acentuada de prevención. El escritor que ha tenido una infancia oprimida manifestará su espíritu libre atacando la religión y la familia, pero su rebelión será una rebelión de esclavo. El emigrante cree que está trabajando por su independencia cuando ataca al tirano; pero, ¿está capacitado para juzgar a un régimen y un país que lo han maltratado? Descartes no lo habría creído. Unos piensan con el clan y otros contra el clan. Son dos formas diferentes de prevención, pero equivalentes.

Lo que nos aconseja el autor del *Discurso del Método* es, en primer lugar, liberar nuestra razón de las pasiones, y después emplearla bien; y para ello nos indica algunas reglas: «Conducir con orden nuestros pensamientos, yendo de los más simples a los más complejos... Dividir las dificultades en tantas partes cuantas sea posible... Hacer siempre enumeraciones tan enteras y tan generales, que nos den la seguridad de no haber omitido nada». Ciertamente este método ha sido de admirable utilidad, en primer lugar para Descartes mismo, y luego para los sabios de su tiempo, quienes a su vez han ido muy lejos en matemáticas, en mecánica, en astronomía y en ciertos aspectos de la física. Por otra parte, todas estas reglas siguen siendo válidas, y «Kant no ha superado a Descartes, de la misma manera que el caucho neumático no ha superado al

macizo». (Péguy). El método cartesiano sigue siendo maravillosamente eficaz cuando el espíritu trata bien sea de descubrir sus propias leyes o de estudiar aquellos fenómenos que la abstracción o la distancia han simplificado (como ocurre en astronomía). Pero se ha mostrado no diremos inútil, pero sí insuficiente cuando se ha querido aplicar a ciencias más complejas.

Aunque el método cartesiano siga siendo un freno necesario para una gran parte de la física, la química, la biología, la medicina, la economía y la política, con todo no permite resolver las dificultades ni tampoco es suficiente para dirigir nuestras acciones. ¿Cómo «conducir ordenadamente nuestros pensamientos» cuando el *tiempo* es el factor principal? ¿Cómo no omitir nada cuando los datos del problema son innumerables? El método traza en nosotros un microcosmos de cristal y de acero cuyos engranajes, maravillosamente combinados, encajan con admirable precisión, pero sabemos muy bien que el universo mundo no está hecho a imagen y semejanza de ese reloj preciso y transparente. Las hojas que agita el viento, las nubes que barre la tempestad, los trabajos del campo y las pasiones de las ciudades no encuentran allí su lugar.

6.- El método experimental

Ningún razonamiento, por bien hecho que esté y cuidadosamente lavado de toda precipitación y prevención, nunca nos permitirá prever, a la vista de una semilla de manzano, cómo será la forma del árbol que de ella crecerá ni el sabor del fruto que habrá de producir. Ningún silogismo, ninguna teoría nos autoriza a describir la enfermedad que un microbio desconocido puede producir en un paciente a quien le haya inoculado. Estas cuestiones no hay que planteárselas a nuestra mente sino a la naturaleza, al mundo de las cosas. El método que desde hace dos siglos ha dado a los hombres un imperio tan extraordinario sobre el mundo exterior, consiste en una mezcla de lógica, de observación y de experimentación. En él no se excluye el razonamiento, pero sus conclusiones serán siempre confrontadas con los hechos, aceptadas si éstos las confirman e inexorablemente descartadas si las contradicen.

El método experimental se ha atribuido a veces a Bacon. Puede haber sido él quien primero formuló claramente sus principios, pero había ya sido empleado desde la más remota antigüedad. Todo salvaje hacía su experimentación, igual que Monsieur Jourdain hacía prosa sin saberlo. Cada uno de nosotros es un experimentador, varias veces al día. Esta mañana mi estudio ha sido asediado por avispa. Busco lo que las atrae. ¿Podría ser el olor de los claveles que están en mi mesa? A riesgo mío retiro las flores. Al cabo de unos minutos desaparecen las avispas. Hago la contraprueba: voy a buscar los claveles que están en la habitación de al lado y las vuelvo a poner sobre mi mesa; las avispas vuelven. He descubierto una ley de la naturaleza; voy a ordenar que no se vuelvan a poner más flores durante esta estación.

Si el método experimental se reduce a sus elementos esenciales, es bastante simple. Consiste, dice Laude Bernard, «en someter metódicamente nuestras ideas a la prueba

de los hechos». Hay observaciones que sugieren algunas hipótesis sobre la interconexión de fenómenos. Para verificar tales hipótesis, el sabio provoca nuevas observaciones más rigurosas. «El observador, dice Cuvier, escucha a la naturaleza; el experimentador la interroga y la obliga a manifestarse». Por ejemplo, hace variar las causas y anota las variaciones del efecto. Si observa una relación fija entre causa y el efecto, la relación parecerá confirmada. Sin embargo, el error aún es posible. «Después de esto, luego a causa de esto», es a menudo un axioma falso. Que haya estallado una guerra después de un eclipse no significa que el eclipse sea su causa. En Oxford se cuenta la historia de un estudiante que tomaba todas las noches una buena cantidad de *whiskies and soda*, y enseguida se le confundían las ideas. Abandonó el whisky y tomó *brandy and soda*; nuevamente se embriagaba. Probó un *gin and soda*. «No hay duda, concluyó, es la soda». Si hubiese sido un experimentador más sabio, habría intentado una contraprueba: suprimir la soda manteniendo el whisky, el brandy y el gin, y así habría descubierto el error.

El sabio es un hombre que, de sus observaciones y experiencias, saca hipótesis sobre las relaciones constantes entre los fenómenos. Si sus hipótesis son verificadas por todas las experiencias posibles, las tiene provisionalmente por leyes de la naturaleza. Cada vez que he soltado un objeto, éste ha caído al suelo. La rapidez de su caída puede calcularse, y la aceleración de esa caída en un determinado lugar, es constante. Por tanto, admitiremos la existencia de leyes de la caída de los cuerpos. La ciencia, que es la suma de tales observaciones, no constituye en absoluto ninguna explicación del universo; sólo es, como dice Valéry, «un conjunto de fórmulas que han funcionado». Podrían dejar de funcionar. Si en este instante yo soltara este libro, y en vez de caer al suelo se elevara hacia el techo, me quedaría sorprendido, pero no por eso se trastornaría la ciencia. Sólo que ésta debería buscar una ley más compleja que tuviera en cuenta tal fenómeno.

La ciencia experimental no supone más que una sola hipótesis metafísica, que es la constancia de las leyes de la naturaleza. Si no creyéramos que la naturaleza obedece (o parece obedecer) a leyes fijas, sería naturalmente imposible observar los fenómenos. Si el agua, bajo una misma presión, un día se pusiese a hervir a cincuenta grados, otro a setenta y cinco y otro a cien, sin que se pudiese descubrir ningún medio de prever esos cambios, cualquier estudio de la física se volvería inútil. Afortunadamente no es así. Los fenómenos se comportan con una curiosa constancia. ¿Por qué? El metafísico, el teólogo e incluso el matemático tienen, desde sus alturas, algunas ideas al respecto. El experimentador no sabe nada de ellas ni le importa. Él constata que el método consistente en la observación de los fenómenos, en sacar hipótesis de esas observaciones, en verificarlas por la experimentación, en abandonarlas si no son verificables y en regular nuestra conducta de acuerdo a leyes que parecen estables, este método que, como decía Bacon, manda a la naturaleza obedeciéndola, ha producido resultados prodigiosos.

El método experimental permite al hombre ser infinitamente más fuerte que el hombre, porque establece relaciones constantes entre unos fenómenos que pueden ser fácilmente producidos por las fuerzas humanas y otros que exigirían fuerzas inmensas si se tratara de producirlos directamente. Cuando un niño, pulsando un botón, pone en movimiento todas las máquinas de una exposición, se produce un espectáculo que simboliza el poder que la ciencia pone al servicio del más pequeño de los humanos. ¡Poder sorprendente! Es admirable que un pulgón, lanzado al Universo dentro de una gota de barro, haya podido no sólo medir la distancia entre su glóbulo y los otros, sino también transformarles en unos años el clima, la flora y la fauna. Es admirable que haya construido aparatos capaces de transportarlo alrededor de su globo en algunas horas. Es admirable que haya vencido el frío, la oscuridad y la falta de alimentos.

Una vez más, digamos que el método científico no explica el Universo; jamás lo explicará, pero es natural que, a la vista del poder que ha dado a los hombres sobre los fenómenos físicos, químicos y hasta biológicos, muchos se hayan preguntado: «¿Por qué no aplicar a la vida de las sociedades humanas un arte de pensar que ha dado tan buenos resultados en su aplicación al universo físico? ¿Por qué el método que ha permitido crear esas inmensas fábricas donde unos robots de acero o de cobre reemplazan la mano del hombre, no permite también producir la felicidad de quienes han sido reemplazados por las máquinas? ¿Por qué el método que permite crear razas de animales y variedades de flores no permite también crear al superhombre? Cuando Lord Salisbury oía a sus hijos encenderse en discusiones políticas, les decía: «Tratemos de pensar en eso químicamente». Con ello quería decir: «Procuremos considerar los elementos humanos de la misma manera con que tratamos los elementos materiales en un experimento químico. No prejuguemos sobre los resultados de los experimentos. Metamos los productos en la retorta, activemos y esperemos la reacción. Si ella se contrapone a nuestra doctrina, abandonaremos la doctrina». Así sería una política científica. ¿Se puede hacer? ¿Tiene la ciencia la última palabra sobre el arte de pensar?

7.- Las lagunas de la experiencia

Después de algunas décadas de grandes esperanzas, al principio de las cuales Renán esperaba ver nuestro planeta gobernado científicamente por miembros del Instituto, y al fin de las cuales Bertrand Russell imaginaba que un día una máquina permitiría determinar exactamente lo que pasó en tal o cual minuto de la historia, y lo que iría a pasar en tal o cual minuto del porvenir, ahora debemos reconocer, pobres de nosotros, que el método experimental, después de habernos dado el deslumbrante poder del que hemos hablado sobre el mundo exterior, ha producido bien pocos resultados felices en el dominio de la vida moral, política y social.

Y es fácil comprender por qué: 1º *La experimentación exige un sistema cerrado que pueda ser aislado artificialmente.* Si queremos saber en qué condiciones hervirá el agua, aislaremos un grupo: fuente de calor, recipiente, líquido; lo someteremos a una presión determinada y lograremos sustraerlo a la mayor parte de las influencias

exteriores. Ninguna experiencia de este tipo es posible cuando se trata de sociedades complejas, pues no las podemos descomponer en elementos y hacer con ellos un sistema cerrado.

2° *La experimentación exige poder repetirse siempre que convenga* y según la necesidad impuesta por las contra-experiencias y las experiencias-testigo. Todo eso ya es difícil en psicología e imposible en sociología. ¿Quién sería el hombre de Estado capaz de tratar de suprimir una clase de ciudadanos «para ver qué sucedería?» ¿Quién sería el comunista que consentiría en restablecer el capitalismo para hacer una contra-experiencia?

3° *Finalmente, el método experimental exige la buena fe y la imparcialidad del experimentador.* Estas virtudes, que son raras incluso tratándose de experiencias científicas que no parecen destinadas a despertar las pasiones más enconadas, se vuelven sobrehumanas si tales pasiones entran en juego. La investigación científica de la verdad exigiría que la razón no se aferrara jamás apasionadamente a una hipótesis. «Si el primer deber de un sabio es inventar un sistema, el segundo consiste en tomarlo con desgana», o al menos considerarlo con indiferencia. Pero el hombre es hombre, y nada de lo que él ha creído descubrir le es ajeno. Pouchet no quería que Pasteur tuviese razón. El físico que había descubierto los rayos N no quería estar equivocado. Puede suceder que el deseo de descubrir una ley conduzca al investigador a torcer inconscientemente los resultados de la experiencia hacia la parte que le interesa. En medicina, cada especialista cree, a menudo de buena fe, que toda enfermedad cae dentro de su especialidad. El siquiatra os dirá: «Casi todas las enfermedades son psíquicas». El endocrinólogo verá un problema de glándulas allí donde un gastroenterólogo no hallará más que disturbios clasificables dentro de su vitrina.

A pesar de todo, la medicina es en parte una ciencia; no trata más que de un cuerpo humano determinado que, estrictamente hablando, puede ser parcialmente aislado durante una experiencia. Pero cuando las reacciones y pasiones de millones de cuerpos humanos están en juego, como ocurre en la economía o en la política, *todas* las teorías, hasta las más contradictorias, pueden parecer apoyadas por los hechos. Hay derecho a decir que la experiencia ha condenado la economía liberal del siglo diecinueve porque ha causado, en nuestro tiempo, un colectivismo de estado; pero se puede decir con la misma razón que la experiencia ha condenado el colectivismo porque, so pretexto de salvar de la ruina total a las sociedades que él había conquistado, se ha visto obligado a mantener o reanimar formas más o menos clásicas de propiedad privada.

¿Es posible deducir leyes de tales experiencias? Evidentemente que no, porque lo que constituye la experiencia científica es un gran número de experiencias y la posibilidad de repetir las. Ahora bien, en economía, cada experiencia exige el tiempo y la vida de muchas generaciones humanas. Lo que se llama la experiencia Roosevelt, o la experiencia Blum, no son más que breves fases de ciclos, demasiado costosas para que podamos activarlas voluntariamente, demasiado vastas para que podamos observarlas del todo,

demasiado confusas para que aporten enseñanzas a las generaciones futuras cuya situación nunca será exactamente la misma.

Lo que es verdad en economía lo es también en política. Nos dicen: «Inglaterra ha hecho la experiencia de la democracia, y esta experiencia ha sido exitosa». Pero este razonamiento no tiene nada de científico, pues los otros pueblos no son el pueblo inglés. La democracia no es más que una palabra por encima de las cual hay que colocar ciertas realidades, y las realidades inglesas no son las mismas que las francesas, ni las españolas, ni las italianas. La democracia inglesa implica las condiciones de la vida política inglesa, el gusto de la discusión en común ordenada a establecer convenios, la intensidad de la vida local, la alianza de una aristocracia muy abierta a la burguesía que admite a su lado, el acuerdo del Parlamento y de la élite del país, una monarquía constitucional.

Oponer democracia y fascismo es oponer dos palabras, no dos realidades ni dos definiciones precisas. Entre libertad total y autoridad absoluta son concebibles, y de hecho realizables, innumerables tipos de sociedades. ¿Cómo es posible hacer experiencias para saber si la libertad vale más que la autoridad, cuando no existe ninguna forma de medir el grado de libertad de un pueblo? Eso no quiere decir que una determinada forma de libertad no sea deseable, ni que para un pueblo de cualquier época no haya habido alguna verdad política; lo que se quiere decir es que tal verdad debe ser descubierta por métodos *que no son los de la ciencia*.

En cuestión de conflictos políticos y sociales, ¿hemos de pensar químicamente? Es posible que haya que tratar de hacerlo, pero debemos admitir honestamente que, en un buen número de casos, sería imposible. Y esta es la razón por la que hay tantos hombres juiciosos que, al hablar de sus oficios, empiezan a desatinar en cuanto pasan a las cuestiones de principios. Si se trata de reparar una instalación eléctrica, el pequeño mundo que la representa a través del espíritu del ingeniero constituye un cuadro tan exacto, que permite al técnico moverse con seguridad entre cables y bobinas. Pero cuando se trata de reconstruir un país, no hay ningún cuadro de la vida social que nos permita proceder acertadamente en materia de felicidad y progreso. A un gerente de empresa o a un comandante de armada, tan malamente le sirve de guía el método experimental riguroso como el razonamiento puro.

Y sin embargo, es muy necesario que actúen, que decidan. ¿Cuáles serán para ellos los motivos de elegir? Alain escribe, en expresión muy profunda, «que la ejecución debe preceder a la voluntad». Es lo que constatamos en cuanto nos ponemos en acción. El joven perrito que echáis al agua se pone a nadar aunque nunca haya tenido esta experiencia. Nada antes de querer nadar. Todos nosotros, desde que nacemos, somos animales jóvenes arrojados al océano de las cosas, y nadamos bien que mal. El escritor que empieza una novela no sabe a ciencia cierta lo que quiere escribir. Si lo supiera palabra por palabra, la novela ya estaría escrita. Lo que hace es tirarse al agua. Cada capítulo le dicta el siguiente. La ejecución precede a la voluntad.

Puede ser necesario hacer proyectos, pero proyectar no es actuar. En todos los cafés del Comercio los oradores exponen planes admirables: «Si yo fuera Presidente del Consejo... Si yo fuera Mussolini... Si yo fuera Ministro del Aire...» ¿Escribir un proyecto de paz perpetua? Eso es juego de niños, y Wilson lo consiguió después de todo. Pero, ¿qué tal conservar la paz de Europa durante diez meses, durante dos años? Eso ya es trabajo sobrehumano. «Pensar es fácil, dice Goethe, pero hacer es difícil; obrar según el pensamiento es lo más difícil que hay en el mundo». Y Tolstói: «Es más fácil escribir diez volúmenes de filosofía que poner en práctica un solo precepto». En un buen número de casos, los más importantes de la vida humana, debemos encontrar nuestro camino en el laberinto de la acción, aun cuando estemos lejos de poseer todos los elementos del cuadro. Entonces, ¿en qué se convierte el arte de pensar?

8.- El pensamiento y la acción

Desde el principio de este ensayo hemos mostrado la seguridad e infalibilidad del pensamiento instintivo, pero también la pobre extensión de su dominio. El sueño del hombre de acción consistiría en encontrar, en casos infinitamente más complejos, la seguridad del instinto. En otros términos, para el hombre de acción el arte de pensar sería el arte de transformar el pensamiento en instinto. *En modo alguno queremos decir que el hombre de acción deba menospreciar la razón.* Al contrario, debe meditar en lo que va a hacer, debe imaginar, como el joven Bonaparte en Toulon, los problemas que un día deberá resolver, observar una gran cantidad de hechos, y de esas observaciones deducir leyes. Pero esa meditación, esas observaciones y esas leyes deben estar escritas en su cuerpo. Es preciso que su pensamiento apunte a «las capas inferiores» y *se haga buenos reflejos.* Porque sólo así su decisión tendrá esa fulminante rapidez que casi a diario exigen los acontecimientos.

Observad al viejo clínico en el momento en que le llega un enfermo. Es posible que le pida ver los análisis, como hacen sus colegas, y esos análisis le ayudarán sin duda en sus razonamientos subconscientes, pero será el instinto nacido de su observación de miles de casos lo que le dictará el diagnóstico. Las razones que tiene de estar nervioso o tranquilo ante el cuadro de tal enfermo son tantas, que a menudo se verá en apuros para expresarlas. Comparado con un joven y brillante profesor, parecerá poco sabio. Y sin embargo él *sabe*, y de hecho se equivoca un poco menos que los otros.

El gran general que actúa en el campo de batalla no hace razonamientos en forma. La solución surge de sus recuerdos históricos, de sus experiencias, de los informes recibidos. Es así como Pétain reproduce en Champagne una maniobra de Wellington. El gran escritor, encarado frente a un texto, borra una frase, suprime un adjetivo, cambia de lugar un verbo. Si tratamos de explicar el porqué esas correcciones mejoran el párrafo, seguramente lo lograremos. Pero él no ha tenido necesidad de explicaciones. El estilo de los maestros, por largo tiempo estudiado, le ha dado el instinto de la lengua. «Lo esencial, dice Valéry, no es encontrar, sino apropiarse de lo que se ha encontrado». Los conocimientos sólo nos pertenecen si en el momento de requerirlos

se presentan por sí mismos al espíritu, sin silogismos ni demostraciones para las cuales nos faltaría tiempo.

El microcosmos o mundo interior del gran hombre de acción contiene una imagen exacta de las partes del mundo exterior en las cuales él debe actuar. Un auténtico hombre de Estado lleva en sí mismo su propio país. Sabe mejor que sus gobernadores cuál será la reacción espontánea de su pueblo en un caso determinado. Para adquirir un conocimiento tan perfecto de la nación, ha debido reflexionar, observar, leer, familiarizarse con los ciudadanos de todas clases. Una vez que lo ha adquirido, puede emitir juicios rápidos y justos. El político desprovisto de antenas consultará estadísticas, periódicos, comisiones, y a pesar de estar tan bien informado, mostrará singular constancia en el error. Y es que la información no es la cultura. En el espíritu de un hombre cultivado, los hechos aislados se organizan para formar un mundo vivo que es imagen del mundo real. El estadístico corta el mundo en trozos y lo mata; el poeta, en cambio, modela un mundo y le da vida. El gran hombre de acción está mucho más cerca del poeta que del enciclopedista.

Para el hombre de acción el pensamiento se confunde con el acto, tal como en el poeta el pensamiento se confunde con la imagen. Ahora es cuando entendemos el sentido profundo de algunas frases ilustres: «El hombre puede más de lo que cree». «Hay que creer antes de saber». Hay que creer antes de saber porque hay que actuar antes de saber. El arte de pensar es también un arte de creer, porque ningún ser humano podría, después miles de años de civilización, recuestionar sin ningún peligro y someter a claridad todas sus creencias individuales y sociales. El juego de la tabla rasa es un juego de ingenio, pero sólo se puede jugar cuando se dispone de tiempo libre. *Para actuar y vivir, el hombre debe aceptar una buena parte de reglas morales, sociales y religiosas que desde antes la humanidad ha reconocido como necesarias.*

Nuestro espíritu está hecho de capas sobrepuestas, la primera de las cuales está formada por las creencias de la humanidad primitiva, la siguiente por las religiones asiáticas, luego la griega y la romana; viene después la más rica, que es la del cristianismo, y por último la más pobre, que es la de las ideas modernas sobre la estructura del universo. Todo eso constituye nuestro ser y todo está inscrito en nuestras obras de arte, en nuestros monumentos, en nuestras ceremonias, en nuestros pensamientos; y *nadie se libera del pasado de la humanidad, de la misma manera que nadie libera de su propio cuerpo.* Un pensamiento sólido es aquel que ahonda hasta las capas más profundas del instinto, en tanto que sus fachadas y campanarios suben hasta las luminosas regiones del espíritu; el que acepta las leyes de la lógica, que son sus propias leyes; el que observa, siempre que pueda, las reglas de la investigación científica que han probado su eficacia por sus triunfos; el que se apoya en las tradiciones humanas que sobreviven en cada uno de nosotros. El que busca y encuentra sus verdades más ciertas en el arte y en la religión; y en fin, el que piensa con el cuerpo convirtiéndose por eso en acción y poesía.

Si yo tuviera que expresar en pocas palabras las relaciones entre el pensamiento teórico y el activo, creo que me serviría de la siguiente imagen: en una batalla deben colaborar la aviación y la infantería. La aviación se adelanta a las líneas enemigas, observa, explora y traza hipótesis sobre los atrincheramientos del adversario. Debe señalar a la infantería las direcciones hacia las cuales parece posible avanzar, pero no puede ocupar el terreno, e incluso describiéndolo comete necesariamente grandes errores que la infantería descubrirá, no sin sufrirlos en su penoso avance. La infantería, por su parte, no puede volar por encima de los obstáculos; debe destruirlos o atravesarlos; y algunos de ellos, vistos de cerca, aparecerán infinitamente más peligrosos de lo que la aviación había creído observándolos desde el aire. Viendo la aviación los impedimentos que halla la infantería sobre el terreno, entenderá que su misión ya no es la de seguir avanzando inútilmente, sino reconocer su error, retomar contacto con los combatientes e informarse de sus necesidades. Entonces se retirará en vuelo de reconocimiento, mientras la colaboración constante entre el ejecutor terrestre y el observador aéreo podrá finalmente conducir a la victoria.

De esta manera el pensamiento puro puede y debe sobrevolar más allá de las tierras colonizadas por la costumbre y la observación y de las regiones todavía hostiles. Así el pensamiento describe lo que ha creído ver, interpretando los signos a través de hipótesis. Luego viene la acción, que, con ayuda de los planos que proporciona el pensamiento, se esfuerza por ocupar el terreno. Unas veces lo consigue, otras, las más de ellas, es rechazada. En tal caso, lo que importa es que la razón reconozca su error, retome contacto con la realidad y, renunciado a quimeras desmentidas por la experiencia, proponga hipótesis nuevas. Sólo la mutua colaboración entre el razonamiento, la experiencia y la acción puede darnos, no diré una victoria permanente, que por otra parte no está en la naturaleza de las cosas, sino un momento de descanso y una parada feliz bajo alguno de esos frágiles abrigos que llamamos civilizaciones.

Al comienzo nos preguntábamos: ¿Es posible diseñar en nuestro espíritu un mapa verdadero del universo, navegar guiados por ese mapa hacia metas definidas y alcanzar el puerto elegido? A nuestro parecer la respuesta es la siguiente: El pensamiento humano no puede diseñar un mapa preciso de todo el universo. No puede trazarse como meta las lejanas y míticas riberas del reino de la Utopía, pero puede, como los navegantes antiguos, valiéndose de conocimientos adquiridos por los ancestros, basados ya sea en las constelaciones inmutables, ya en las tempestades caprichosas, completando esa sabiduría ancestral con la experiencia, observando las estrellas, las mareas y los vientos, avanzar valientemente de naufragio en naufragio, de archipiélago en archipiélago. Eso basta, y el prudente Ulises no pedía nada más a los dioses.